

LIBRO VEINTE Y TRES.

La Asamblea y el pueblo. — El poder en la casa de ayuntamiento. — Los gefes salen de su retiro. — El Consejo del comun, germen de la Convencion. — Aspecto de la Asamblea. — Los peticionarios en la barra. — Despojos de palacio llevados alli por los combatientes. — Suspension del poder ejecutivo. — Decrétase la Convencion. — Campamento al lado de París. — Reposicion de Roland, de Servan y de Claviere. — Danton, ministro de la Justicia. — Sus palabras en la casa de ayuntamiento. — París en la tarde del 10 de agosto. — Santerre, — Santerre y La Fayette. — El rey y su familia duermen en los Fuldenses. — El pueblo pide nuevos asesinatos. — Danton difiere para mas adelante las venganzas populares. — La familia real es conducida al Temple.

I.

Volvamos á la Asamblea. Esta, no habiendo sabido adoptar el partido de la revolucion ni sostener la Constitucion, sufría en silencio todos los golpes que la venian de rechazo de la parte exterior, y parecia que no estaba en sesion permanente, sino para aceptar los actos cometidos por el pueblo, ¡Actitud pasiva y degradada! ¡Justo castigo de un cuerpo soberano que temia á la república sin atreverse á resistirla, y que la deseaba sin osar decidirse á servirla! El pueblo, que conocia la debilidad de sus representantes, era entonces la verdadera república

y el único que gobernaba; pero lo hacia á la manera que lo hace siempre; es decir, en medio del desorden y llevándolo todo á fuego y sangre. Unicamente conservaba hacia la Asamblea una apariencia de respeto legal para hacer ver con esto que respetaba alguna cosa, pero él se habia apoderado de la dictadura desde el momento en que se habia armado. Los homenajes que afectaban rendir á la representacion nacional, eran mas bien unas ordenes dadas bajo la simulacion del respeto. El verdadero poder residia ya en la casa de ayuntamiento, en los comisionados del comun. El pueblo lo habia conocido, y les prestaba su apoyo. El pueblo tiene siempre el sentimiento del derecho supremo, es decir, el de su propia conservacion. Los comisionados del comun no eran ya sus representantes, sino el pueblo de París personificado en unos cuantos individuos. Asi es, que en cuanto se decidió la victoria de resultas de la retirada del rey á la Asamblea y del asalto de las Tullerías, todos los hombres que eran políticos y prudentes á la par, y que por lo mismo habian aguardado lo que decidiese el destino para declararse, volaron en seguida á la casa de ayuntamiento, y se instalaron alli en nombre de su opinion en el verdadero consejo de los soberanos de las circunstancias.

Robespierre, que trataba de conservar siempre no su persona, sino su fortuna popular, y que se habia ocultado lo mismo de sus amigos que de sus enemigos, tanto durante la conjuracion como mientras duró el combate, compareció aquel mismo dia en el consejo del comun. Allí fué acogido por sus discipulos Huguenin, Sergen y Panis, como el hombre de Estado de la crisis y el organizador de la victoria.

Danton, despues de haber tranquilizado á su muger y besado á sus niños, fué á los Franciscanos á embriagarse con los aplausos de los conjurados de Charenton, y á imprimir en sus complices la actitud, el tono, y la voluntad propias de aquel momento.

Hasta Marat salió del subterráneo en que estaba oculto hacia algunos días. Al oír los gritos de victoria, se lanzó á la calle á la cabeza de unos cuantos de sus fanáticos y de una columna de federados de Brest, paseándose largo rato por los parages mas públicos con el sable desenvainado y coronado de laurel. No contento con esto, se hizo proclamar comisario de su seccion, en nombre de sus harapos, de sus calabozos y de su furor. Con aquellos mismos satélites se dirigió á la imprenta real, donde se apoderó de las prensas que traslado á su casa, como parte que le correspondia en el botín, á causa de su genio privilegiado.

Tallien, Collot de Herbois, Billaud - Varennes, Camillo Desmoulins, todos los gefes de los jacobinos y de los girondinos, todos los agitadores, todas las voces y todas las manos del pueblo, se precipitaron á la casa de ayuntamiento, é hicieron de un consejo municipal el gobierno provisional de una nacion. A estos hombres, se unieron luego Fabre de Eglantine, Osselin, Freron, Desforgues, Lenfant, Chenier y Legendre. Este consejo provisional del comun, fué despues el gérmen de la Convencion. Escogió su papel, no lo recibió, y obró dictatorialmente.

II.

La Asamblea no contaba trescientos miembros en su seno el 10 de agosto. Los del lado derecho y los del partido constitucional, presintiendo que tendrian que sancionar únicamente la voluntad del pueblo ó perecer, no habian acudido á la sesion, de modo, que la Asamblea sólo se componia aquel dia de jacobinos y girondinos. Pero los bancos desiertos de representantes, estaban llenos de hombres estraños al Congreso, de peticionarios, de miembros de los clubs, y de trabajadores que mezcla-

dos en desórden entre los diputados, ofrecian á la vista la imagen de la confusion del pueblo y de sus representantes, hablando, gesticulando, consultando, y levantándose cuando lo hacian los diputados como dominados por el peligro público que identificaba á la Asamblea con los espectadores. En una catástrofe que interesa todos los ánimos en la misma proporeion, nadie mira, y todo el mundo obra. Tal era el aspecto de la Asamblea durante y despues del combate. Nadie peroraba; no se veian sino gestos repentinos y unánimes; gritos de horror ó de triunfo; juramentos renovados á cada instante como para justificarse con el estruendo de una aclamacion civica contra el que movia los cañones en las mismas puertas de la Asamblea, diputaciones que, apenas nombradas, trataban de salir del salon, y que eran rechazadas adentro por la multitud; finalmente, votaciones nominales que no servian sino para gastar tiempo aparentando una accion que no existia, y que daban el suficiente á los acontecimientos para que diesen á luz una resolucion decisiva.

En cuanto el pueblo se vió dueño de palacio, los gritos de los vencedores unidos á los de la multitud, penetraron en la Asamblea por ventanas y puertas. Esta se levantó en masa y se asoció al triunfo del pueblo haciendo el juramento de mantener la igualdad y la libertad. A cada momento entraban en el salon varios hombres del pueblo con los brazos desnudos, las manos ensangrentadas y el rostro tiznado de pólvora, que recibidos con aplausos por las tribunas, se dirigian en seguida á la barra en donde contaban en breves palabras las pérdidas emboscadas de la corte que, bajo una tregua aparente, habia atraído á los ciudadanos á la boca de los fusiles de los suizos para ser allí sacrificados. Otros, señalando á la tribuna del logógrafo, ofrecian sus brazos á la nacion para esterminar al tirano asesino de su pueblo. «Esa corte pérfida, exclamó uno de aquellos oradores que tenía el pecho atravesado de un balazo, es la que ha he-

cho correr esta sangre. ¡Nosotros no hemos podido penetrar en palacio sino pasando por encima de los cadáveres de nuestros hermanos asesinados en el peristilo! Sin embargo, aun hemos dado cuartel á algunos de los satélites de un rey parricida. A él solo es á quien buscamos. Aquellos hombres no eran sino unos instrumentos de su traicion; ¡desde el momento en que estos asesinos pagados han rendido las armas, no vemos ya, ni queremos ver en ellos sino unos hermanos!» Al decir estas palabras abrazó á un suizo desarmado ya, á quien habia traido de la mano, y cayó desmayado en el suelo, agobiado de la fatiga de aquel dia, y casi exánime por la mucha sangre que salia de su herida. Varios diputados se levantaron á un mismo tiempo á socorrerle y consiguieron que volviese en sí. Apenas recobra sus sentidos, cuando vuelve á comparecer en la barra. «Conozco, dice, que voy recuperando mis fuerzas: pido á la Asamblea que me permita llevar este infeliz suizo á mi casa; quiero mantenerle y ser su protector. ¡Esta es la venganza que toma un patriota francés!»

La generosidad de aquel ciudadano se comunica eual una chispa eléctrica á la Asamblea y á las tribunas. En seguida salen comisiones para contener el degüello. Hacen entrar en el patio de los Fuldenses á los suizos que estaban aun en la azotea espuestos al furor del pueblo, y de este modo se les salva las vidas por el pronto. Aquellos soldados disparan sus armas al aire en prueba de confianza y de seguridad. Entonces se les hace entrar en los corredores, en los patios y hasta en las oficinas de la Asamblea. Los combatientes van acudiendo sucesivamente y depositando en la mesa de la presidencia la bayoneta, el oro, la plata, las alhajas, los muebles de valor y hasta las carteras llenas de papeles que han encontrado en las habitaciones de los principes. Multitud de aplausos saludan este acto de desprendimiento. Las armas, el oro y los asignados y demas objetos que llevan los sui-

zos encima, son tambien depositados al pie de la tribuna. El rey y la reina asistia desde el fondo de la suya al inventario de los despojos hallados en lo mas secreto de sus cuartos y en el interior de sus gabetas.

III.

El presidente puso todos estos objetos bajo la custodia y responsabilidad de Huguenin, comisionado del nuevo ayuntamiento. El estampido de la artilleria habia cesado y el fuego de la fusileria iba disminuyendo. Los peticionarios exigian á grandes gritos la cabeza ó la deposicion del rey. «No impedireis, decian, la venganza del pueblo sino haceis justicia. ¡Representantes, tened firmeza! ¡Teneis obligacion de salvarnos! ¡Atreveds á jurar que salvareis el imperio y el imperio se salvará!» Estos clamores tenian todo el aspecto no de una súplica, sino de un mandato terminante.

Los girondinos indecisos hasta entonces entre humillar el trono ó suprimirle, conocieron que era preciso decidirse por este último partido, ó verse envueltos en su ruina. Vergniaud dejó la presidencia á Guadet para que durante su ausencia quedase la Asamblea dirigida por un hombre de su faccion. La comision extraordinaria en la cual los girondinos tenian la mayoría del número, de la importancia y del talento, se reunió acto continuo: la discusion no fué muy larga; el cañon deliberaba en su nombre y el pueblo esperaba. Vergniaud tomó la pluma y redactó precipitadamente el acta de suspension provisional del trono. Volvió á entrar en el salon y leyó en medio de un profundo silencio y á cuatro pasos del rey que le escuchaba, el plebiscito de la suspension. El sonido de la voz de Vergniaud era solemne y triste; su actitud melancólica y su aspecto abatido. Sea que la nece-

sidad de leer la condenacion de la monarquía en presencia del monarca, hiciese nacer en su mente un sentimiento de compasion, sea que estoviese ya arrepentido del impulso que habia dado al acontecimiento, en el cual se reconociese instrumento pasivo de una fatalidad que le exigia mas de lo que su conciencia podia consentir, ello es que pareció que declaraba menos que la victoria de su partido, su propia sentencia.

«Vengo, dijo, en nombre de la comisión extraordinaria, á proponeros una medida bien rigurosa: pero yo apelo al mismo dolor de que estais penetrados, para que juzgueis cuánto importa á la salud de la nacion que la adopteis en el momento. La Asamblea nacional, considerando que los peligros de la patria han llegado á su colmo: que los males que hacen gemir al imperio provienen principalmente de la desconfianza que inspira el proceder de los gefes del poder ejecutivo en una guerra que se ha emprendido en su nombre contra la Constitucion y contra la independencian nacional: que esta desconfianza ha provocado en todos los puntos del imperio el voto de que sea revocada la autoridad confiada á Luis XVI: considerando asimismo, que el cuerpo legislativo no quiere engrandecer por ninguna usurpacion su propia autoridad, y que no puede conciliar su juramento á la Constitucion con su firme voluntad de salvar la libertad, apelando á la soberania del pueblo decreta lo siguiente:

«Se invita al pueblo francés á formar una convencion nacional:

«El gefe del poder ejecutivo queda suspenso temporalmente en sus funciones; hoy mismo se propondrá un decreto sobre nombramiento de un ayo para el principe real:

«Se suspende el pago de la lista civil:

«El rey y su familia permanecerán en el recinto del cuerpo legislativo, hasta que la calma se restablezca en Paris, y el departamento hará preparar el Luxemburgo

para su residencia, bajo la custodia de los ciudadanos.»

Este decreto fué adoptado sin discusion. El rey lo oyó sin sorpresa y sin dolor. Al tiempo de hacerse la votacion se dirigió al diputado Coustard situado debajo de la tribuna del logógrafo, con el que habia hablado familiarmente durante la sesion: «Lo que estais haciendo no es muy constitucional, le dijo el rey en tono de ironía, que contrastaba con la solemnidad de las circunstancias.— Es verdad, señor, respondió Coustard, pero es el único medio que hay de salvar vuestra vida.» Y votó contra el rey hablando con el hombre.

IV.

Pero este decreto que dejaba la cuestion de la monarquía ó de la república en suspenso, y que aun juzgaba en favor de la primera, indicando el nombramiento de un ayo para el principe real, no era sino una satisfaccion á medias, atendida la urgencia de la situacion. Deseado con pasion el dia anterior, fué aceptado con murmullos en el presente.

Apenas Vergniaud acabó de leer, los peticionarios más exigentes se presentaron en la barra é intimaron á la Asamblea que pronunciase la destitucion del rey perdido, cuyo reinado debia terminarse desde el momento en que habia permitido el derrame de sangre de sus vasallos. Vergniaud se repuso y justificó el fin y el objeto del ambiguo decreto de los girondinos: «Estoy satisfecho, dijo, de poder esplicarme delante de los ciudadanos que están en la barra. Los representantes del pueblo han hecho todo lo que permitian sus poderes, cuando han decretado que se nombrase una convencion nacional, para deliberar sobre la cuestion de la des-

titud. Entretanto, la Asamblea no ha podido hacer otra cosa que pronunciar la suspension. Esta medida debe bastar al pueblo, para asegurarle contra las traiciones del poder ejecutivo. ¿La suspension no reduce al rey á la imposibilidad de obrar? Yo espero que esta esplicacion satisfará al pueblo, y que conocerá y sentirá la verdad.»

Las tribunas y los peticionarios escucharon con frialdad estas palabras. El diputado Choudieu hizo que se notase lo urgente que era la formacion de un campamento á las inmediaciones de Paris, y que la Asamblea se declarase en sesion permanente. En seguida se procedió al nombramiento de ministros.

Roland, Claviere y Servan, aquellos tres ministros girondinos depuestos por el rey, fueron repuestos sin mas votacion que una simple proposicion de Brissot. Este nombramiento fué una satisfaccion del agravio, que se les habia hecho anteriormente. Danton fué nombrado ministro de Justicia, Monge de Marina, Lebrun de Negocios estrangeros y Grouvelle secretario del consejo de ministros. Monge era un matemático ilustre, Lebrun un hombre versado en la diplomacia, y Grouvelle un letrado subalterno y ambicioso: á las nueve de la noche se constituyó el gobierno. Los girondinos dominaban en él por Roland, Claviere, Servan y Lebrun; el ayuntamiento no tenia en el gabinete sino á Danton para contrarrestar la influencia de la Gironda.

Apenas Danton fué nombrado ministro, cuando corrió al consejo de la casa de la ciudad, para rendir homenaje á sus cómplices, por haberle elevado á un poder que acababa de conquistar para ellos. «Una bala de cañon me ha hecho subir al ministerio, dijo á sus confidentes, quiero que la revolucion entre conmigo en el poder; ella constituye mi fuerza y pereceré si la abandono.» En seguida nombró á Fabre de Eglantine y á Camilo Desmoullins, para las dos plazas mas importantes de su ministe-

rio. ¡El primero, era el satélite complaciente de sus ideas; el segundo, cortesano de su fuerza!

La Asamblea hizo redactar un extracto de los decretos de aquel dia, y envió una porcion de comisionados que los publicasen por todas las calles de Paris, acompañados de multitud de hombres con hachones.

V.

El cielo estaba sereno: el ambiente de la noche y la emocion febril de los acontecimientos del dia, convidaban á los habitantes á salir de sus moradas á respirar el fresco tan agradable á aquellas horas en el verano. La curiosidad de saber lo que pasaba en la Asamblea, y la de visitar el campo de batalla de aquella mañana, llevaban instintivamente hácia los diques, hácia los Campos Eliseos y hácia las Tullerías á los ociosos, á los jóvenes y á las mugeres de los barrios estraviados de la capital. Largas columnas de habitantes pacíficos recorrían los paseos ó estaban sentados bajo los árboles de las Tullerías, de que se hallaba ya posesionado el pueblo. Las llamas y el humo de los muebles devorados por el incendio en los patios, salían por cima de los tejados de palacio, é iluminaban las dos orillas del Sena. Las casas inmediatas á palacio por la parte del pabellon de Flora, en un radio de mil quinientas toesas cercado por los bomberos y zapadores, lanzaban llamas por cima de la galería del Louvre y amenazaban á cada instante abrasar el devastado palacio. El fuego que reflejaba en el Sena entre el Puente Nuevo y el de Luis XVI, daba á las aguas el aspecto de un río de sangre. Varias camillas conducidas por dependientes del ayuntamiento, recogían en los Campos Eliseos, en la plaza de Luis XV, en el jardin y en los patios, los cuatro mil cadáveres de los suizos, marseille-

ses y federados que señalaba hacinados los parages en que el combate habia sido mas encarnizado. Las mugeres adornadas como para un dia de fiesta, no temian aproximarse á estas camillas para contemplar los restos de la carnicería. Este pueblo cuya tristeza no dura nunca un dia, se agitaba en medio de las conversaciones ordinarias en los parages públicos. Los teatros estaban abiertos, y los espectadores se apiñaban á sus puertas como si la caída de un imperio no hubiese sido para la ciudad sino un espectáculo dado ya al olvido.

Los marseleses, los de Brest y las masas de los arrabales se replegaron á sus cuarteles y á sus casas despues de haberles costado la jornada mas de tres mil seiscientos hombres, tributo desinteresado ofrecido á la revolucion cuyo fruto debe ser recogido por sus hijos.

VI.

Estos soldados y este pueblo no habian combatido por el poder, y aun menos por sus despojos. Molidos de tanto trabajar y con las manos vacías, se volvieron á sus talleres á proseguir sus faenas. Trabajadores de la libertad la habian dedicado un dia, combatieron por ella sin comprenderla, indiferentes á la fortuna del poder, á la monarquía y á la república, é incapaces de definir las palabras selladas con su sangre, pero impulsados como por un presentimiento divino á conquistar otros nuevos destinos á la humanidad. La clase media combatió en beneficio propio; el pueblo únicamente por las ideas. ¡Cosa estraña, pero cierta! Los matices de estas dos clases eran tan marcados, que nadie pudo desconocerlos en los diversos accidentes de aquellas jornadas.

La guardia nacional, compuesta de la clase media, mezcla confusa de los partidos de La Fayette, de los

Girondinos, y de Petion, no habia sabido impedir, obrar, atacar, ni defender. Temiendo por un lado la victoria del pueblo, deseosa por otro del triunfo de la corte y de la aristocracia, no habia tomado partido sino por si misma. Reunida con trabajo, indecisa en sus movimientos, rehusando dar su iniciativa á la república, y su apoyo al rey, habia permanecido arma al brazo entre el palacio y los arrabales, sin prevenir el choque, ni decidir la victoria, y pasando despues cobardemente al lado del vencedor, no hizo fuego sino sobre los fugitivos.

Ahora se volvia humillada y consternada á sus tiendas y á sus escritorios. Justamente habia perdido ya su influencia sobre el pueblo. Ella no debia ser en adelante sino la fuerza separada de la revolucion, destinada á asistir á todos sus actos, á todas sus fiestas, y á todos sus crímenes: decoracion viva y vana á las órdenes de todos los tramoyistas de la república.

VII.

Desde el oscurecer del 10 de agosto, la guardia nacional habia desaparecido. Las picas y los harapos habian reemplazado á las bayonetas y á los uniformes cívicos en los puestos y en las patrullas que se establecieron de nuevo, ó pululaban por Paris. Los marseleses, y los federados daban solo algun aparato nacional á estos destacamentos del pueblo armado. Santerre, afectando en su exterior la sencillez cínica de un general de los arrabales, para contrastar con el lujo militar de La Fayette, recorrió á Paris montado en un caballo negro mas á propósito para el trabajo que para caballo de batalla. Dos ó tres jornaleros de su cervecería le acompañaban sirviéndole de ayudantes de campo en lugar del brillante estado mayor de aquellos jóvenes oficiales de la aristocracia, ó del

comercio, con que el general del Campo de Marte se habia presentado siempre. El sombrero aplastado de Santerre, sus charreteras ennegrecidas, su sable con vaina de latón, su uniforme raído y desabrochado, su pecho desnudo y su facha trivial, lisonjeaba á la multitud. Esta veía en Santerre un igual suyo. Westermann, con una actitud mas militar, visitó los puestos de los federados y marseleses acompañado de Fournier el americano, de Barbaroux y de Rebecqui.

Los agentes del ayuntamiento de París, obligados á hacer desaparecer las manchas de sangre y los cadáveres de las víctimas, por temor de que su aspecto encendiese de nuevo al otro día la ira del pueblo, y de que se perpetrasen los asesinatos que se querian evitar, habian enviado escuadras de presidiarios al Carrousel para limpiar el campo de batalla. Hacia la media noche, estos hombres encendieron inmensas hogueras con el maderamen incendiado, con las camas de los suizos del palacio de Brienne y con los muebles de las Tullerías: allí arrojaron los centenares de cadáveres que yacian en el Carrousel, en los patios, en el vestibulo, y en las habitaciones. Reunidos silenciosamente alrededor de las hogueras estos barrenderos de sangre alimentaban el fuego arrojando á él nuevos destrozos y nuevos cadáveres. Las llamas lúgubres reverberándose en las paredes y alumbrando á través de los cristales rotos el interior del palacio, fueron la última iluminacion de aquella noche. Al amanecer, suizos y marseleses, realistas y republicanos, nobles y pueblo, todo se habia consumido. Se habia lavado el suelo, y arrojado las cenizas al Sena. Todo lo habia devorado la noche, el agua, y el fuego. La ciudad volvió á su curso ordinario sin apercibirse otras trazas de la catástrofe de la monarquía, que un palacio desierto, unas puertas sin guardias, unas ventanas desmanteladas, y las huellas de la metralla en las antiguas paredes de las Tullerías.

VIII.

La Asamblea suspendió la sesion á la una de la madrugada. La familia real habia permanecido hasta entonces en la tribuna del logógrafo. Dios solo puede medir la duracion de aquellas catorce horas en las almas del rey, de la reina, de madama Isabel y de los principes. Lo inesperado de la caída, la incertidumbre, las vicisitudes del temor y de la esperanza, la batalla que se daba á las puertas de la Asamblea para decidir de su suerte sin que ellos viesen siquiera á los contendientes, los cañonazos, las descargas de fusilería que resonaban en sus corazones, alejándose, aproximándose y volviéndose á alejar de nuevo como la esperanza que juega con el moribundo; la idea del peligro de sus amigos abandonados en palacio, el sombrío porvenir que á cada instante se abria delante de ellos sin que divisasen su término, la imposibilidad de obrar y de moverse en momentos en que todos los pensamientos conducen al hombre á la agitacion, el tormento de no poder hablar entre si, la actitud impasible que el cuidado de su decoro les imponia, el temor, la alegría, la desesperacion, el enternecimiento, y por último suplicio, las miradas de sus enemigos fijas constantemente en ellos para sorprender su crimen en una emocion, ó gozándose en sus angustias, todo esto hizo de aquellas horas eternas la verdadera agonía del trono. ¡La caída fué larga, profunda, terrible, desde el solio al cadalso! En ninguna parte fué mas sentida que allí. ¡El primer golpe es el que destroza, los demas asesinan!

Si se añade á estas torturas del alma los tormentos del cuerpo de esta desgraciada familia, arrojada despues de una noche de insomnio á una especie de calabozo: el ambiente ardoroso producido por una reunion de tres ó

cuatro mil personas, apiñándose á la entrada de la tribuna ó interceptando el paso en los corredores, la sed, la sofocacion, el sudor copioso y la ternura reciproca de los miembros de esta familia de la que cada individuo sufría mas por los otros que por sí mismo, se comprenderá que esta jornada debió ser bastante por sí sola para saciar una venganza de eatorce siglos.

IX.

A escepcion del acceso maquinal y espasmódico de apetito que el rey habia satisfecho al principio de la sesion, las personas de la familia real no tomaron ninguna clase de alimento durante este dia y parte de su noche. Hasta los niños se olvidaron de comer. La piedad atenta de algunos diputados y de los inspectores del salon les enviaba de cuando en cuando algunas frutas y vasos de agua de nieve para que apagasen la sed. La reina y su hermana no hacían mas que mojarse los labios, y parecia que no se ocupaban mas que del rey.

Este príncipe, puesto en la delantera de la tribuna como un hombre que asiste á un gran espectáculo, parecia que ya se habia familiarizado con su situacion. Hacía reflexiones juiciosas y desinteresadas sobre las circunstancias, sobre las proposiciones y sobre las votaciones, cosas todas ellas que probaban un completo desprendimiento de sí mismo. Hablaba de sí como de un rey que hubiese vivido mil años antes, y juzgaba los actos del pueblo con respecto á él, como si hubiese estado juzgando los de Cromwell y los del Parlamento largo con Carlos I. La potencia de resignacion que poseía, le daba la de la impassibilidad bajo el hierro del partido que lo sacrificaba. Dirigía con frecuencia la palabra á media voz á los diputados que estaban mas próximos á él y que

conocía, entre otros á Calon, inspector de la sala, á Coustonard y á Vergniaud. Oyó sin inmutarse las invectivas dirigidas contra él y el decreto de su suspension. Ni siquiera movió la cabeza al oír que la corona se habia desprendido para siempre de sus sienas, y hasta se notó cierta alegría secreta en sus facciones en medio de la gravedad y la tristeza de aquel momento supremo. Respiraba con fuerza, como si un gran peso gravitase sobre su alma. El imperio para él era mas bien un deber que un orgullo, y destronándolo se le libraba de él.

La reina se habia sostenido al principio con la esperanza de la derrota de la insurreccion. Conmovida como un héroe al oír el estampido del cañon, intrépida contra las vociferaciones de los peticionarios y de las tribunas, su mirada los despreciaba, y su labio altivo los desdeñaba, dirigiendo sin cesar miradas de inteligencia hácia los oficiales de su guardia que ocupaban el interior de la tribuna y del corredor para preguntárles noticias de palacio, de los suizos, de las fuerzas que les quedaban de la situacion de las personas queridas que habia dejado en las Tullerías, y sobre todo, de la princesa de Lamballe, su amiga. Habia sabido, temblando de indignacion, pero sin cambiar de color, el asesinato de Suleau en el patio de los Fuldenses, los gritos de rabia de los asesinos, las descargas de los batallones á las puertas de la Asamblea y los asaltos tumultuosos del pueblo para forzar la entrada del corredor y venir á degollarla. Mientras habia durado el combate estuvo continuamente agitada y llena de ansia y de sobresalto: á los últimos cañonazos, á los gritos de victoria del pueblo, al ver sus gabetas, sus alhajas, sus carteras y sus secretos espuestos y profanados ante sus ojos como los despojos de su persona y de su corazon, habia caído en un abatimiento inmóvil, pero siempre fiero. Ella devoraba su derrota, pero no la aceptaba como el rey. Su rango se habia identificado con ella de tal suerte, que quitárselo era matarla.

El decreto de suspensión pronunciado por Vergniaud habia sido un rayo para ella: cerró un momento los ojos pareciendo que se recogía en su humillación, mas en seguida el orgullo del infortunio resplandeció en su frente como una nueva diadema. Recogió todas sus fuerzas para hacerse superior por el desprecio á los golpes de sus enemigos, ella no los sintió sino por los demas.

X.

Cincuenta hombres escogidos y fieles habian penetrado con el rey en aquel recinto, formando una guardia inmediata cerca de la familia real en el corredor inmediato á la puerta del logógrafo. Los ministros, algunos oficiales generales, el principe de Poix, Mr. de Choiseul, Mr. de Aubiers, Mr. de Maillardoz, Mr. de Aubigni, Mr. de Viomenil, Carl, comandante de la gendarmería y algunos criados particulares del rey estaban allí en pie, atentos á sus ordenes, prontos á morir y á formar con sus cuerpos el ultimo parapeto si el pueblo conseguia invadir los corredores de la sala. Estos generosos confidentes de las angustias de la familia real la comunicaban en voz baja lo que pasaba en lo exterior. El uniforme de la guardia nacional y del ejército que algunos de ellos vestian les permitia circular por las cercanias de la Asamblea y relatar luego á sus dueños los acontecimientos de la jornada.

Hacia las seis de la tarde los antiguos ministros, depuestos ya oficialmente, se despidieron con tristeza del rey, y se retiraron para ir á entregar sus carteras y comparecer al otro dia al tribunal de Orleans. Un poco despues, Maillardoz, gefe de los suizos, llamado por los comisionados del ayuntamiento, fué preso en la Abadia. De Aubigni, habiéndose mezclado á los grupos que der-

ribaban las estátuas de los reyes en la plaza de Luis XV, y habiendo espresado su indignacion por este hecho con algunos ademanes, fué inmolado bajo el monumento cuya profanacion deploraba. Mr. de Choiseul estuvo dos veces á riesgo de perder la vida el salir para reunir los suizos; y sin embargo, volvió para defender al rey con su espada. Un momento despues se oyó un gran estrépito en las puertas; el rey volvió la cabeza y preguntó con inquietud la causa de este tumulto. Carl, comandante de la gendarmería de Paris, salió fuera y no volvió. El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos. Cada órden suya traia la desgracia á sus amigos: la carniceria los diezma-
ba alrededor de ellos, y la muerte descargaba sus golpes cada vez mas cerca.

¡Cuántos corazones que latian por ellos á la mañana estaban helados por la tarde! La oscuridad del sitio, los resplandores del incendio de las Tullerías, que reflejaban en las ventanas y en las paredes del Picadero, la agitación de una sesión tan prolongada, y la noche siempre mas cruel que el dia, los sumia en los mas sombríos pensamientos. El silencio de los sepuleros reinaba hacia algunas horas en la tribuna del logógrafo. No se oia mas que el ruido de las plumas de los redactores al deslizarse sobre el papel, escribiendo instante por instante las palabras, los ademanes y las emociones del salon. La luz opaca de las velas que alumbraban la mesa dejaba ver al jóven delphin acostado en la falda de la reina, y durmiendo al ruido de los decretos que le quitaban el imperio y la vida.

XI.

A la una de la noche los inspectores del salon fueron por el rey y su familia para conducirlos al aposento que

se les había preparado de prisa desde la promulgación del decreto de suspensión. Unos comisionados de la Asamblea y el destacamento de la guardia nacional, que vigilaba desde por la mañana por su seguridad, los escoltaron. Un oficial de la casa del rey tomó al delfín de manos de la reina y lo llevó dormido en sus brazos detrás de ella.

Aquel alojamiento, mas parecido á una celda ó á una prision que á un palacio, estaba en el piso alto del antiguo monasterio de los Fuldenses, encima de las oficinas de las comisiones de la Asamblea. Se componía de cuatro piezas seguidas, dando todas por una puerta al vasto corredor á que comunicaban las celdas de los religiosos. Estos cuartos, deshabilitados desde la supresion de las órdenes monásticas, estaban desnudos como las casas cuyos habitantes faltan de ellas hace mucho tiempo. El arquitecto de la Asamblea, bajo las órdenes de los inspectores del salon, había hecho llevar allí precipitadamente los muebles que encontraron mas á mano en su propia habitación: una mesa de nogal, algunas sillas, cuatro catres sin colgaduras y algunos colchones tendidos en el suelo, tales fueron las camas destinadas para toda la familia real, madama Isabel, el aya de los príncipes y el resto de su servidumbre. ¡Campamento sobre el campo de batalla, entre dos días de crisis y á las puertas de un palacio saqueado por un pueblo vencedor y que anunciaba demasiado por su desnudez á la familia real que estaba ya mas cerca del calabozo que de palacio! Los señores de Briges, de Aubiers y de Goguelat, el príncipe de Poix y el duque de Chorseul, ocuparon la primera pieza: tendidos sobre las capas á la puerta del rey, fueron los últimos que velaron su sueño.

El rey se acostó medio vestido en el segundo cuarto. Desprovisto de ropa de noche y de objetos de tocador, se puso una servilleta en la cabeza, recostándose en seguida en una almohada. La reina ocupó con los príncipes el

tercer cuarto. Madama Isabel, madama de Tourzel y la princesa de Lamballe, que había ido por la noche á unirse á la familia real, se quedaron en una pieza que estaba contigua á la de la reina, y las tres pasaron la noche velando, llorando y rezando á su puerta.

El claústro elevado y vasto sobre el cual daban estas habitaciones, sirvió de campo á los oficiales superiores, á los cincuenta hombres de la guardia y á los criados del rey, Hué y Chamilly. Luis XVI, su familia y la comitiva, no tocaron á la cena que se les había preparado. Después de una conversacion íntima y sin testigos entre aquel príncipe, la reina y madama Isabel, se fueron á buscar algunos momentos de descanso. Una velada de treinta y seis horas había rendido á la vez sus almas y sus cuerpos. El sueño fué corto, el despertar terrible.

XII.

La reina abrió los ojos á los rayos de un sol ardiente que penetraba sin obstáculo hasta su cama: al ver aquellos sombríos techos, aquellas ventanas sin cortinas, aquel cuarto desnudo, aquellas sillas de paja, y sus vestidos en desórden tirados sobre unos muebles casi miserables, volvió á cerrarlos para engañarse un momento mas y persuadirse que los acontecimientos del día anterior no eran mas que un sueño; pero fué arrancada de esta especie de sueño, por la voz y por las caricias de sus hijos. Madama Isabel los llevó á los pies de su cama. Advirtieron entonces á la reina que la hora de la sesion se aproximaba y que la Asamblea exigía que la familia real volviese al sitio del día anterior. Algunas de sus damas, que los inspectores del salon habían permitido por la mañana penetrar hasta su ama, fueron introducidas al mismo tiempo en el cuarto. Al atravesar la celda del rey

encontraron á este príncipe sentado cerca de su cama, haciendo componer el desórden de su peinado. Le cortaron un poco de pelo, y él, tomando algunos rizos se los dió á estas fieles servidoras de la reina, munificencia del corazon, única que le quedaba de todo su poder. Ellas quisieron besarle la mano, pero él la retiró y las abrazó. La familiaridad de la desgracia habia acercado las distancias entre esta familia y sus servidores.

Aquellas mugeres se deshacían en lágrimas viendo á la reina de Francia acostada en un tablado, y servida por una estraña, portera de aquel claustro abandonado. Esta pobre sirvienta intimidada y compadecida por la grandeza y el infortunio que tenia ante sus ojos, se esforzaba por compensar con sus atenciones y con su respeto la torpeza de su servicio. María Antonieta tendió los brazos á sus amigas y prorumpió en gemidos, quedándose largo tiempo sin poder mirar ni hablar, confusa y avergonzada de su envejecimiento y degradacion, delante de las que la habian visto el día anterior en todo su lujo y en todo su esplendor, «Venid, desgraciadas mugeres, las dijo, en fin, venid á ver á una muger mas desgraciada que vosotras porque ella es quien os hace desgraciadas á todas.» Despues abrazando á su hija y al delfin, presentados por madama de Tourzel: «Pobres hijos míos, añadió, es bien cruel haberles prometido tan hermosa herencia y tenerles ahora que decir: ¡hé aquí todo lo que os dejamos, todo concluye con nosotros!» Se informó en seguida de todos los pormenores de la suerte de la señorita Paulina de Tourzel, de madama de la Roche-Aymon, de la duquesa de Luvnes y de todas las personas de su córte que habia dejado en las Tullerías.

XIII.

La muerte de sus servidores asesinados en el umbral de los aposentos, despedazó su corazon. Lloró por ellos,

y contó cuando se vestía sus impresiones durante la sesión del día anterior. Se quejaba en medias palabras de aquella falta de dignidad natural que no daba al rey desde que estaba en manos de la Asamblea toda la magestad que ella hubiera deseado que tuviese delante de sus enemigos. Sentia que hubiese satisfecho su apetito en público, ofreciendo de este modo á la mirada del pueblo una indiferencia de insensibilidad tan impropia de su corazon. Algunos diputados adictos á su causa, le habian adverido el mal efecto que habia producido este olvido de su situacion, pero sabiendo decir ella la inutilidad de estas advertencias en preseneta de su asperza natural, nada habia dicho al rey por no añadir una humillacion á tantas penas. Habiéndose extraviado el reloj y el bolsillo de la reina en el tumultuoso camino de palacio á la Asamblea tomó el de una de sus damas y rogó á madama Augié, primera camarera, que la prestase veinte y cinco lises para lo que se pudiera ofrecer durante su cautiverio.

A las diez, la familia real entró en la Asamblea permaneciendo allí hasta la noche. El triunfo del día anterior habia hecho al pueblo mas exigente, y las proposiciones eran ya mas sanguinarias. Los peticionarios asediaban la barra pidiendo á grandes gritos las cabezas de los suizos de la escolta del rey, refugiados en el recinto de los Fuldenses. La Asamblea disputaba á los asesinos aquellas doscientas victimas. Santerre, enviado por Vergniaud para proteger á los prisioneros, anunciaba el degüello inminente de los que habian sido presos en el bosque de Bolonia; unos hombres feroces abullaban á las puertas pidiendo que se les entregase su presa. «¡Gran Dios, que caníbales!» exclamó Vergniaud.

Algunos rasgos de generosidad popular, se mezclaron á los rugidos de aquellas fieras sedientas de sangre: no faltaron combatientes que protegieron bajo su responsabilidad á los vencidos, y que se sacrificaron por salvarles.

Mailhe y Chabot, enviados para arengar á los grupos, fueron acogidos con los gritos de ¡Mueran los oradores! Hubo un momento en que el terror se apoderó de la Asamblea, porque el recinto exterior fué forzado. Vergniaud, intrépido para no temer su riesgo personal, temió por la vida del rey. Los inspectores del salon, hicieron retirar á la familia real al corredor, á fin de que si el pueblo entraba con las armas en la mano en el salon, no encontrase á las victimas á su alcance. El rey, que creyó que el momento terrible habia llegado para él y su familia, pensó únicamente en libertar á sus servidores, rogándoles que lo abandonasen á su suerte y que pensasen en su propia seguridad. Ninguno de ellos pensó en salvar su vida faltando á sus deberes, y todos se quedaron en donde el honor y la adhesion les mandaban vivir ó morir. Danton acudió: impuso á la multitud con la autoridad de su nombre y el terror de su actitud, si bien pidienda tan solo paciencia y no generosidad á los asesinos: á su voz, los hombres de las picas se contuvieron por un momento aplazando para mas adelante el saciar su sed de sangre. «Legisladores, dijo Danton entrando en la Asamblea, la nacion francesa cansada de despotismo, habia hecho una revolucion: pero generosa, añadió lanzando una mirada amenazadora al sitio en que el rey le escuchaba, ha transigido con los tiranos. La esperiencia le ha probado que no hay ninguna enmienda que esperar de los antiguos opresores del pueblo. Ella va á entrar en el ejercicio de sus derechos... pero donde empieza la justicia, deben detenerse las venganzas populares. Yo me comprometo ante la Asamblea nacional á proteger á las personas que están en su recinto, ¡yo me pondré á la cabeza del pueblo, y respondo de las vidas de aquellas!»

Al pronunciar estas últimas palabras, dirigió una mirada rápida y fiera á la reina, como si una inteligencia secreta ó una compasion soberbia estuviese oculta bajo la aspereza de su discurso y el desden de su actitud.

XIV.

La Asamblea y las tribunas aplaudieron. El pueblo ratificó por fuera con sus aclamaciones la promesa hecha por su favorito, y los suizos se salvaron hasta el 2 de setiembre.

Petion reemplazó á Danton. Libre de su fingida prision, acababa de tomar posesion en el ayuntamiento de una autoridad que no ejercia sino en el nombre. Util el dia anterior á los facciosos, ya les era importuno, pero afectó ante la Asamblea que creia en un poder que se le escapaba. Cuando la obra se concluye, se rompe el instrumento. Petion no era ya sino un cómplice tímido de una conspiracion consumada, no siendo para el pueblo mas que un maniqui popular creado contra el rey, é inútil desde el dia que éste desapareció. Trató, pues, en vano de moderar las exigencias de los comisionados de la municipalidad, y de depositar el poder en su centro legal, es decir, en la Asamblea. El ayuntamiento, entretanto, enviaba órdenes imperiosas bajo la apariencia de súplicas al cuerpo legislativo. Los girondinos, eran como Petion, los soberanos honorarios de una revolucion que los dejaba atrás.

Habiase decretado el dia anterior que Luis XVI habitaria el palacio del Luxemburgo durante la suspension. Este antiguo palacio recordaba demasiado el poder supremo, cuyas huellas queria el ayuntamiento hacer desaparecer de la vista del pueblo, por lo cual hizo presente al cuerpo legislativo que no podia responder del rey en una morada tan vasta, y en la que unos subterráneos inmensos podian favorecer las evasiones ó los complots. La Asamblea para salvar la aparente independencia de sus resoluciones, facultó una comision para señalar la habitacion que debia ocupar el rey. Esta comi-